

Ciccio Pasqualino y los primeros huevos de Pascua

**Todos los derechos reservados. © 2024 Di Giacomo Linda - StravagArte
Pistoia, Italia www.stravagarte.it**

**Está prohibida la copia y reproducción de los contenidos e imágenes en
cualquier forma.**

**Está prohibida la redistribución y publicación de los contenidos e
imágenes sin la autorización escrita del autor.**

Ciccio Pasqualino es un conejito egoísta. No comparte sus juegos, su comida, ni siquiera un pequeño gesto amable. Pero el día de Pascua queda atrapado en una red, y algo cambia. Gracias a la ayuda de una amiga, aprende tres palabras nuevas e importantes: por favor, gracias, perdón. Entonces Ciccio vuelve a casa, coge chocolate y crea huevos llenos de regalos para regalar a los animales del bosque. Así nace la tradición de los huevos de Pascua. Ciccio Pasqualino y los primeros huevos de Pascua es una historia Kamishibai bilingüe que habla de la amabilidad, la empatía y la colaboración, para leer en Pascua o en cualquier momento en que se quiera reflexionar sobre el valor de las relaciones.

TEXTO ÍNTEGRO

1

Había una vez, en un bosque encantado, un conejito llamado Ciccio Pasqualino. Ciccio Pasqualino era el conejito más egoísta de todo el bosque. No quería compartir nada: ni su merienda, ni sus juegos, ni nada más. Siempre decía: “¡Esto es mío! ¡Esto es sólo mío! ¡Esto es todo mío!” Los demás animales querían ser sus amigos y jugar con él, pero cada vez que alguien se acercaba, Ciccio Pasqualino lo echaba.

2

Un día, una simpática ardillita llamada Rosie se acercó a Ciccio Pasqualino mientras él, solo, comía sus zanahorias.
— ¡Hola, Ciccio Pasqualino! —dijo con una sonrisa—. ¿Quieres merendar conmigo?
Ciccio Pasqualino miró a Rosie con desconfianza y respondió: —¡No! ¡Estas zanahorias son sólo mías!
Rosie se fue triste y decepcionada.

3

Unos días después, un pajarito llamado Federico se acercó a Ciccio Pasqualino mientras él jugaba con bloques.
— ¡Hola, Ciccio Pasqualino! —dijo el pajarito con entusiasmo—. ¿Jugamos juntos?
Ciccio Pasqualino lo miró y respondió: —¡No! ¡Este juego es sólo mío!
Federico se alejó triste.

4

En una mañana lluviosa, un caracol amable llamado Lulú se acercó a Ciccio Pasqualino y le preguntó:
— ¡Hola, Ciccio Pasqualino! ¿Puedo quedarme contigo bajo el paraguas?
Ciccio Pasqualino se giró y dijo: —¡No! ¡Este paraguas es sólo mío!
Lulú se retiró lentamente, triste.

5

Así, Ciccio Pasqualino pasaba los días solo, comía solo, jugaba solo y por la noche se acurrucaba en su madriguera, sin pensar en los demás.

6

El día de Pascua, mientras exploraba el bosque, Ciccio Pasqualino quedó atrapado en una red de un cazador.

— ¡Ayuda! ¡Ayuda! —gritaba, pero nadie parecía escucharlo. Tenía mucho miedo. Por suerte, Rosie pasaba por allí.
Al ver a Ciccio en problemas, se acercó y preguntó: —Oye, Ciccio, ¿necesitas ayuda? Ciccio Pasqualino se sorprendió de que Rosie quisiera ayudarlo. Sabía que no había sido amable con ella.
Casi en un susurro, respondió: —Sí, Rosie, estoy atrapado. ¿Puedes ayudarme, por favor? Era la primera vez que decía por favor en su vida.

7

La ardillita comenzó a desatar los nudos de la red con sus ágiles patas y a cortar las cuerdas con sus dientes afilados, hasta que el conejito quedó libre.
Ciccio Pasqualino miró a su amiga y le dijo: —¡Gracias, Rosie, me has salvado! Era la primera vez que decía gracias.
Luego continuó: —Perdón por haber sido tan egoísta contigo y no haber querido compartir mi merienda.
Era la primera vez que decía perdón.
Rosie sonrió y respondió: —Ciccio, todos pueden cambiar si quieren. Hoy has aprendido tres palabras importantes: por favor, gracias y perdón. Recuerda usarlas siempre. Es importante ser amable.

8

Las palabras de Rosie hicieron que Ciccio reflexionara mucho.
De repente, tuvo una idea.
Corrió a su madriguera, tomó chocolate y empezó a hacer huevos.
En cada huevo escondió uno de sus juguetes favoritos y algunos caramelos y chocolates de su despensa secreta.
Luego pintó todo con colores vivos y alegres.

9

Cuando todos los huevos estuvieron pintados, los puso en una cesta y salió corriendo. Ciccio Pasqualino regaló un huevo a cada animal que encontraba.
Le dio uno al osito Bruno, otro al pajarito Federico e incluso uno al caracol Lulú.
Cada vez que abrían los huevos, los animales sonreían, y a Ciccio le pasó algo mágico: se dio cuenta de que la felicidad de los demás le hacía sentir el corazón cálido y ligero.

10

Desde entonces, cada año, cuando se acercaba la Pascua, Ciccio hacía muchos huevos llenos de sorpresas para regalar.
Todos los animales aprendieron que la verdadera alegría está en compartir, y Ciccio, antes egoísta y solitario, se convirtió en el conejo más querido de todo el bosque.
Y así fue como la magia de los primeros huevos de Pascua se difundió por todo el mundo, llevando alegría y amor a todos los que los recibían.

TEXTO REDUCIDO

1

Había una vez un conejito llamado Ciccio Pasqualino.

Ciccio Pasqualino era muy egoísta.

No quería compartir nada con los demás animales: ni la comida, ni los juegos.

Siempre decía: “¡Esto es mío! ¡Esto es sólo mío! ¡Esto es todo mío!”

2

Un día, la ardillita Rosie se acercó a Ciccio Pasqualino mientras él merendaba con zanahorias.

— ¡Hola, Ciccio Pasqualino! —dijo—. ¿Merendamos juntos?

Ciccio Pasqualino respondió: —¡No! ¡Estas zanahorias son sólo mías!

3

Unos días después, el pajarito Federico se acercó a Ciccio Pasqualino mientras él jugaba con bloques.

— ¡Hola, Ciccio Pasqualino! —dijo—. ¿Jugamos juntos?

Ciccio Pasqualino respondió: —¡No! ¡Este juego es sólo mío!

4

En una mañana lluviosa, el caracol Lulú se acercó a Ciccio Pasqualino y preguntó:

— ¡Hola, Ciccio Pasqualino! ¿Podemos quedarnos bajo el paraguas juntos?

Ciccio Pasqualino dijo: —¡No! ¡Este paraguas es sólo mío!

5

Así, Ciccio Pasqualino estaba siempre solo, comía solo, jugaba solo y por la noche se iba a dormir a su madriguera, sin pensar en los demás.

6

El día de Pascua, Ciccio Pasqualino paseaba cuando quedó atrapado en una red.

Por suerte, la ardillita Rosie lo vio.

Se acercó y dijo: —Hola, Ciccio, ¿necesitas ayuda?

Ciccio Pasqualino sabía que no había sido amable con ella y se sintió apenado.

Con voz amable respondió: —Sí, Rosie, estoy atrapado. ¿Puedes ayudarme, por favor?

Era la primera vez que decía por favor.

7

La ardillita con sus patas y dientes liberó al conejito.

Ciccio Pasqualino dijo: —¡Gracias, Rosie, me has salvado!

Era la primera vez que decía gracias.

Luego continuó: —Perdón por no haber querido compartir mi merienda contigo.

Era la primera vez que decía perdón.

Rosie sonrió y respondió: —No importa, Ciccio. Hoy has aprendido tres palabras importantes: por favor, gracias y perdón. Recuerda usarlas siempre. Es importante ser amable.

8

Ciccio pensó en las palabras de Rosie y se le ocurrió una idea.

Corrió a su madriguera, tomó chocolate y comenzó a hacer huevos.

En cada huevo escondió uno de sus juguetes favoritos y algunos caramelos.

Luego pintó todos con colores alegres.

9

Después de pintar todos los huevos, Ciccio Pasqualino los puso en una cesta y salió a regalarlos a todos.

Le dio un huevo al osito Bruno, otro al pajarito Federico y uno también al caracol Lulú.

Cuando los animales abrían los huevos sonreían y Ciccio se sentía muy feliz.

10

Desde entonces, cada año en Pascua Ciccio preparaba muchos huevos con sorpresa para regalar.

Había aprendido que compartir era algo muy bonito que le hacía feliz.

Y así, gracias a su idea, los huevos de Pascua llevaron felicidad y amor a todos, y Ciccio Pasqualino, que antes era egoísta, se convirtió en el conejo más querido del bosque.